

JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ PIZARRO, ANDRÉS SABELLA.

aproximaciones a la vida y obra de un hombre del desierto de Atacama. Chile Antofagasta. Universidad Católica: Ediciones Universitarias, 2004, 281 págs.

Haber conocido personalmente a Andrés Sabella (Antofagasta 1912 - Iquique 1989) es haber estrechado la mano del salitre, de sus hombres, mujeres y niños. Leer “Norte grande” es adentrarse en las historias que conformaron la gesta del período. El catedrático José A. González Pizarro de la Universidad Católica del Norte, Antofagasta nos presenta una “aproximación a la vida y obra de un hombre del desierto de Atacama” el que por añadidura fue su padrino y luego tío “por su relación con Elba Emilia.” Menciono lo último en el sentido del acercamiento personal al hombre y a la vez al escritor y académico, cuyos papeles, cartas, poemas, libros inéditos, etc. su compañera Elba González obsequiara a su sobrino para “su uso y conservación.”

Para el investigador, el acceso a esta valiosa fuente le permite en nueve capítulos, 287 páginas, y notas al pie que juegan de igual a igual con el texto, entregarnos una visión de la época, la vida y la producción literaria de Sabella. Como lo afirma el autor:

“Hemos tenido que seleccionar los estudios referidos al Norte grande dejando para otro volumen la compulsión de su epistolario y los materiales que constituyeron aportes notables para el conocimiento y estudio de la literatura chilena” (2004:7).

Cada lector selecciona de una obra aquellos aspectos de relevancia que coinciden con sus intereses. En este sentido quiero remontarme a aquel diciembre de 1982, cuando viajé a Antofagasta desde Estados Unidos para conocer a este poeta de nuestro Norte Grande en el lato sentido del discurso poético como lo entendía Platón.

En su apartamento, con su esposa, me recibió desde el pequeño balcón como “el enganchado,” debido a mi primer libro sobre el tema y el salitre, que él había reseñado en su columna periodística. Conversamos sobre varios

asuntos y cuando supo que andaba investigando el teatro obrero, me informó de la existencia del Grupo Germinal de Antofagasta e incluso me encaminó a la calle donde funcionó la institución.

Volvamos al libro en cuestión en el cual nuestro profesor presenta en el Capítulo uno, el “ambiente cultural de Antofagasta entre 1929 y 1934”. Andrés recordó en una crónica que además de los hombres de letras de su ambiente, debe consignar “dos esfuerzos de aliento colectivo en la noche de los sábados, en el local de la Sociedad de Artesanos, una esforzada Extensión Cultural (...) de otro lado, Jorge Neut Latour, Juan Ranou, Francisco Prado y los obreros marítimos alzan la tribuna de una Universidad Popular” (2004:21) Esta unión que no reconoce fronteras sociales, fue el producto de la Era del Salitre, su sociabilidad, la que se dio en todo el Norte grande y echó raíces en el resto del país.

Otro de los temas que nos atrae en el estudio, es el capítulo cuatro: “Andrés Sabella: Visión poética y habitar cotidiano en Antofagasta,” en el cual define su entorno de su ciudad, no de la ciudad”, como lo afirma José Antonio. Y para el vate su entorno son los cerros y el mar; es decir las piedras que rodean nuestro norte y reemplazan la vegetación y los árboles. “La mar” como dicen pescadores y mariscadores, es el otro elemento que nos identifica y nos amarra a la ciudad que habitamos. ¿Cómo podría una sensibilidad como la de Andrés desconocer lo que nos rodea y nos golpea día a día? Por eso afirma: “Antofagasta creció, porfiada, y riesgosa, contra el desierto, como una afirmación de vitalidad” (2004:78).

Uno de los íconos de Antofagasta, tenía que ser referencia obligada de Andrés en sus escritos y éste es La Plaza Colón. Como arguye González Pizarro, “la ciudad por ser una construcción histórica es dinámica y podemos leer las interrelaciones de sus habitantes con ella desde ese marco referencial temporal”. Sabella no olvida que “La Plaza Colón de Antofagasta que creció encima de sangre obrera. En la mañana del 14 de febrero de 1879, un fusil secreteó a los árboles un recado forestal. Y las balas, en 1906, enseñaron a sus escasos pájaros un idioma que ninguno se atrevió a repetir: 3.000 obreros en huelga se hallaron con que la mejor palabra no crepitaba en los códigos, sino que en la carabina” (2004:84). Pero no se queda Andrés en lo histórico, sino que avanza hacia lo estético con “la figura heráldica detenida para el goce de nuestra infancia” el León de la Plaza Colón. Y añade otras imágenes

que identifican al puerto nortino: “el rostro enigmático del “Chango López,” las barbas de don José Santos Ossa, El Ancla, La Portada y el Reloj de los Ingleses” (2004:85).

El capítulo cinco nos lleva “Desde las noches alegres antofagastinas a la gran bohemia de Santiago de los años ‘30 y ‘40”, que es un catálogo infinito de nombres que pertenecen a los ámbitos literarios, políticos, sociales, cuyos encuentros en bares, restaurantes, cafeterías o casas de mala reputación (¿las hay de buena?) y el obligado recorrido en las noches de bohemia, entregan una somera luz del Santiago que se fue, como lo catalogó un ensayista. En los próximos capítulos seis y siete, González Pizarro centra su pluma en la “nortinidad” de Sabella, para trasladarnos a esa obra fundacional “Norte Grande” (1944) del cual realiza un exhaustivo análisis que agota prácticamente el tema, entregándonos un cotejo de las ediciones subsecuentes.

Pero Andrés no se quedó en su Norte solamente, América Latina con su gente y sus héroes y símbolos también fueron preocupación constante de su pluma y pensamiento. Finaliza el texto que reseña con el regreso de Andrés a Antofagasta en 1953 y su gran contribución “más allá de su propia obra literaria,” la publicación de “Hacia” el 31 de mayo de 1955. Como finaliza su estudio nuestro colega, “el 26 de agosto de 1989, siempre en el norte, en Iquique, Sabella bebió la última copa de vino de Hermandad y Letras”.

Un libro escrito con sinceridad y un afecto inmenso por nuestro hombre del Norte y de nuestro Continente.

PEDRO BRAVO ELIZONDO

Wichita University